RECUERDA

JESÚS ALLER

LLIBROS DEL PEXE

RECUERDA

Jesús Aller

RECUERDA

LLIBROS DEL PEXE
2004

Primera edición, mayo de 2004

© Jesús Aller Manrique

© Llibros del Pexe S.L.

San Bernardo, 22–3 d
33201 Gijón
Tel. y Fax. 985 09 83 42
pexe@telecable.es

ISBN 84-96117-31-6
D.L.: AS-881-2004

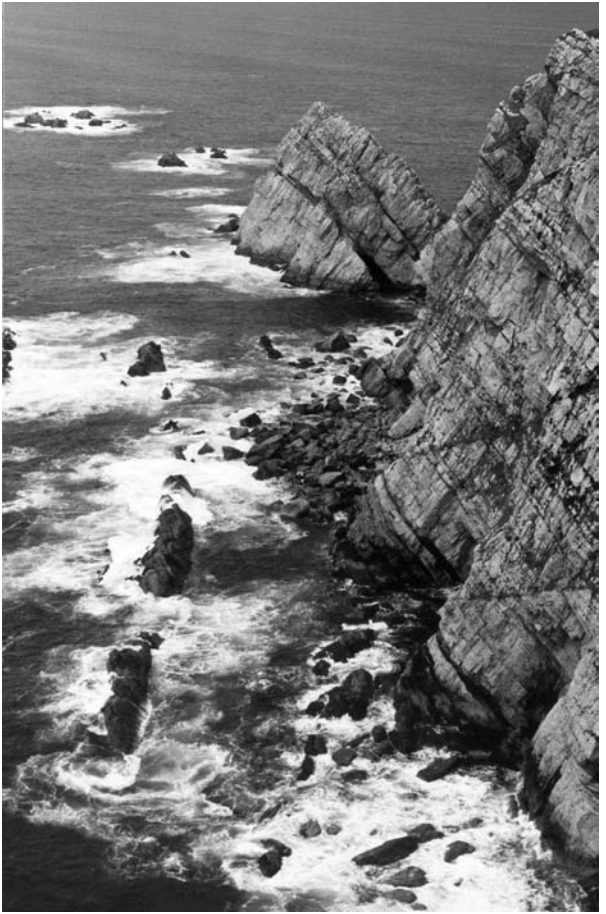
Diseño: Marina Lobo
Producción: Apel

ÍNDICE

Origen 9
Recuerda 13
El ciclo de los océanos 17
Tú dices 21
El nombre secreto 25
Conciencia 27
Identidad 31
Jano 33
El sabio 35
Camino 37
Hombre 39
Extinción 41
Estrella 45
Ser 47
Vidas en una vida 51
Mentira 55

Imperio 59
País de sombras 62
Ingeniería social 63
Confesión 66
Psicología experimental 70
El glaciar humano 73
Cementerio musulmán de Barcia 77
Últimas palabras 81
Nota final 83
Agradecimientos 87
Fotografías 89

Hay algo en los últimos cuartetos de Beethoven que no se había escuchado nunca. Es como el programa de una vida nueva basada en una racionalidad radical, orgullosa y desafiante. Después de eso, nos atreveremos más fácilmente a ser distintos.



ORIGEN

I

El pastor de palabras sueña. Muy atrás en el pasado, el tiempo y el espacio se rompen en un enorme fuego. No podemos saber lo que había antes, pero posiblemente un universo colapsó, otra noche estrellada, otro silencio, otra vida tal vez.

El hombre escruta el firmamento y ve las galaxias alejarse. Estudia la radiación de microondas que llega de todas partes y sabe que es el eco de una gran explosión, de un cataclismo tan intenso que al otro lado no se puede conocer la estructura del mundo. Así, en un momento preciso vemos modelarse el rostro del espacio, los arabescos del tiempo, la realidad más profunda de lo que es.

Y al medir los números que gobiernan ese instante inicial toma forma una idea prodigiosa. Allí todo se ordena exactamente para hacer viable la mayor complejidad en la materia, el laberinto de la vida. Donde cabría pen-

sar en un estallido de azar, en un ciego desastre, encontramos el ajuste más perfecto, el compromiso más sabio, una voluntad que nos sonríe desde el alba del tiempo.

Habíamos llegado a creer que la conciencia, este aterido aliento que dibuja el mundo, era algo entrañablemente nuestro, un maleficio de los hombres. Nos sentíamos ya cómodos en un cosmos máquina en el que el alma es sólo un subproducto extraño. Y hete aquí que en el origen mismo percibimos el sello inconfundible de una decisión. De todos los universos posibles, alguien escoge allí el único en el que la materia podrá germinar en varias generaciones de estrellas, en planetas con átomos pesados, en un calor de lecho en el barro primigenio del que surge la vida, en millones de años de éxtasis y lucha por todos los rincones de la Tierra.

Alguien en el origen mismo desea y crea la diversidad, la envenenada riqueza del ser.

Y nos damos cuenta entonces de que la intuición de los hombres ha sabido ya dibujar muchas veces el rostro de esa voluntad y ese poder.

Porque hemos visto a Shiva Nataraja, el creador-destructor que baila envuelto en un círculo de fuego mientras toca un tambor a cuyo ritmo brotan las cosas.

Y hemos oído el tema de la espada naciendo en la mente de Wotan, un pensamiento heroico de redención y de lucha que reconforta a un dios abru-

mado.

Los números exactos, las notas perfectas de una melodía hacen posible el mundo.

II

El pastor de palabras sueña. Un laberinto se extiende ante él. Desde el origen del tiempo una voluntad alienta en el mundo, un ansia fatal de desdoblarse y definir fronteras.

Habitabas una confusa geometría de recuerdos. Todo eso estaba aquí y lo llamabas "yo", pero ha sido redimido por la más certera de las visiones, la de un cuerpo único que en cada esquina goza persiguiendo su sombra tras un espejo.

RECUERDA

Apenas lo recuerdan, pero muchos de estos átomos nacieron en el vientre de una estrella. Y pasaron luego largo tiempo en el plasma incandescente. La terrible explosión que interrumpió aquel verano no la recuerdan tampoco. Después, estos átomos que golpean el teclado, carbono, hidrógeno, oxígeno… vagaban perdidos en el invierno de una noche infinita. Fue entonces cuando todos nos reunimos para formar un planeta. Todos los átomos próximos nos juntamos en torno a una estrella que nacía. Sigue brillando ahí arriba, pero ha pasado mucho tiempo.

La vida reproduce un código genético. Y al reproducirlo lo va cambiando. Es el éxtasis de la diferencia, la locura, una carrera hacia ninguna parte. Al principio se conformaban con construirse del agua, el aire y la tierra, pero pronto algunos decidieron formar su cuerpo con el de otros seres vivos. Y llegaron los hombres que asignaron a cada cosa un sonido. Buscaron un nombre que trazara la frontera de lo más precioso. Dijeron arrogantes: "Yo".

Yo, un hombre. ¡Qué orgulloso estás de eso! No quieres saber nada de los viejos abuelos: el pez rebuscando en el cieno, el reptil solazándose al sol, aquella especie de ratoncillo que escapaba entre las patas de los dinosaurios... Pero de ellos has heredado todo. Esos genes de los que tanto te vanaglorias fueron cincelándose en ellos generación tras generación, llegan hasta ti sobreviviendo por millones de cópulas sobre la tierra adormecida. Hoy te ves a ti mismo y no te reconoces. Ya no recuerdas nada.

Atrincherado en el olvido, aturdido, nervioso, obligado a forjar una identidad ilusoria. Sin embargo, sólo con asomarte a un paisaje de montaña donde los árboles murmuran bajo nubes viajeras, o con pasear al lado del mar, has sentido siempre abrirse un horizonte de dicha, de consuelo sin fin. Ahora sabes que es el gozo del niño que presiente el hogar próximo, los brazos de su madre. El ocaso nos muestra el sentido de un ciclo que se repite dentro de nosotros.

La ciencia nos devuelve la memoria de lo que fuimos, de lo que somos, más allá de los dogmas triviales, los catecismos y las etiquetas. El cuerpo de esta montaña era un gran delta; bajo una extensión de agua somera, el fondo se hundía lentamente acumulando miles de metros de arenas, cantos, lodos... Las nubes circulaban indolentes sobre la atmósfera densa del tremedal. Helechos arborescentes ponían trazos de verde sobre el mar azulado. Y ahora aquel mundo se extiende a tus pies entre la nieve de la montaña. Los

estratos dibujan la geometría de los canales, la filigrana de la arena arrastrada. Los árboles muertos son capas de carbón en las que mínimos detalles de las hojas se conservan perfectos. Sabes que en aquel país tropical y costero, dormido ahora entre nieve, había también animales que se abismaban somnolientos al atardecer ante el misterio del ocaso. Y sabes que en algún lugar de aquel planeta, este planeta nuestro, vivo y prodigioso, un grupo de reptiles primitivos luchaba por la vida sin poder adivinar que mucho tiempo después, trescientos millones de años después, habrían de venir sus hijos a desenterrar solícitos sus cadáveres y poner nombre a sus huesos. La conciencia depura nuestra imagen del mundo. Mientras, la vida inasible fluye como un río lento y perezoso, lastrado de miedo, un río sin más fin que el inevitable reencuentro en una llanura de olas y resaca.

Sí, de todas las falsas fronteras, yo-mundo, hombre-naturaleza, no hay otra más venenosa que la que hemos puesto entre la vida y la muerte. Trazamos sin dudarlo esa línea temible que separa el amor y la risa de lo que no sabemos intuir al otro lado, la imagen precisa de las cosas y un oscuro silencio, la neblina de todos los recuerdos y la nada desnuda. Sin embargo, mirando el corazón del amor y la risa, vemos sólo el bullir impenetrable de una tierra que florece infinita, el giro de una rueda sobre un vértice sin pasado ni futuro, sin porvenir ni historia, puro presente, voluntad indescifrable, viento sin dudas. Miramos el corazón del amor y la risa, y vemos la

perpleja libertad, el éxtasis gozoso de un presentimiento enterrado en la noche, alas de pájaros eternos que copian la geografía de un sueño. Los labios confundidos nos hablan más allá de la redención y el gusano, en un horizonte sin orillas, la realidad más real que inunda nuestros ojos de luz.

Así, mirando las cosas y sacudiéndose el yugo, vemos por todas partes que estallan mundos escondidos. Es el gozo de hallar lo más querido que yacía olvidado, y se respira un placer inefable de abandono, extinción. Lo trivial en nosotros se desmorona, y en el corazón de cada ser percibimos una humilde llamita que brilla muy dentro, como un tenue rescoldo del vientre de la estrella.

EL CICLO DE LOS OCÉANOS

Ahora mismo en el centro del Atlántico, en la gran dorsal submarina, el magma que asciende forma rocas, masas de gabro profundo, diques de diabasa, almohadillas de basalto que asoman a la superficie, que trazan un destello de rubí en la oscura profundidad del océano.

Y el imparable ascenso provoca la expansión. El fondo marino a ambos lados se separa, y arrastra en su movimiento los continentes, Europa y África a un lado, América al otro.

Así está sucediendo ahora, así ocurre continuamente desde que el gran continente se dividió hace doscientos millones de años. Un surco se formó, como la grieta causada por un enorme cincel, y empezó la deriva. Al principio era sólo un largo valle profundo, luego el mar lo invadió y se inició allí el juego eterno de las olas y la arena, el sonido de la resaca que escuchaban los dinosaurios.

Sin embargo, mientras la actividad ígnea continúa en la dorsal, las rocas

inevitablemente se enfrían al alejarse de ella. Y al enfriarse se vuelven densas, más pesadas que los materiales sobre los que reposan.

Y llegará un momento en que esta separación continua de Europa y América se detenga. El fondo oceánico comenzará a hundirse donde es más viejo y pesado, junto a los continentes. Se formará una fosa profunda y la subducción será un hecho.

Procedentes de las entrañas de la Tierra, las rocas que dormitan bajo el océano volverán allí en un ciclo imparable. Habrá terremotos y volcanes en ambas orillas, y el Atlántico empezará a disminuir de tamaño; acabará desapareciendo cuando todo su fondo se consuma y los continentes colisionen.

Surgirá entonces una gran cordillera, y los sedimentos que ahora se depositan bajo el mar deberán resistir el embate del hielo modelados en cimas que vigilarán orgullosas entre las nubes. Y en las profundidades de esa cordillera, como ha ocurrido tantas veces, probablemente la inestable raíz acumulada caerá, creando un impulso profundo de ascenso que dará lugar a una nueva división continental, un nuevo surco que rasgará la Tierra, una nueva invasión del mar, un nuevo océano separando continentes.

Inevitablemente. Por el curso natural de los acontecimientos. Igual que una caldera que hierve.

Porque has de saber que todo esto es sólo la forma peculiar que tiene la

Tierra de enfriarse. Lo más caliente y ligero sube a la superficie, lo más frío y pesado se hunde de nuevo.

Y tú que lees escéptico estas líneas, sólo tienes que mirar a tu alrededor, y en la gastada piel de las montañas verás pruebas irrefutables de la repetición de esta historia varias veces.

Tú que miras ahora, en la Armórica verde o la Mauritania abrasada, los extraños dibujos de las rocas que asoman al cincel y la caricia del aire, recuerda que contemplas también los lechos de mares lejanos, el infatigable danzar de los continentes en un ciclo que no cesa.

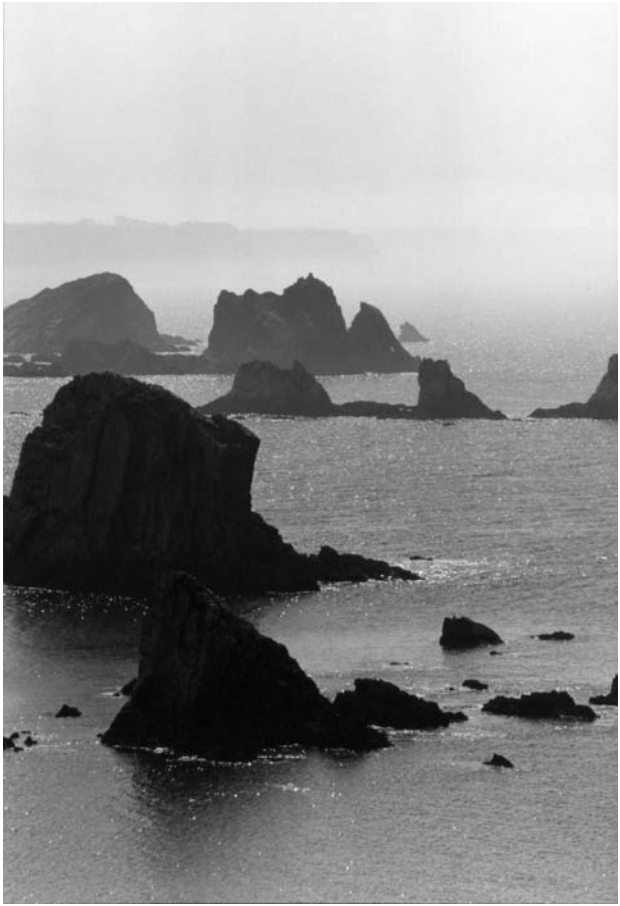
TÚ DICES

I

Quien llega aquí con palabras trae un equipaje antiguo como el mundo, arrastra esquirlas del origen, ocultos maleficios.

Quien pretende una voz aquí debe saber que en sus gestos rezuman tenaces pensamientos de ayer, designios heredados siglo tras siglo a través del árbol de los lenguajes.

Por ello es necesario que pienses si todo esto que tan orgullosamente te define es algo más que una fantasmagoría de nombres y lugares repetidos, una danza de sombras entre las que tal vez ha anidado un error.



II

Y si tratas de hallar un fundamento correcto, una base sólida, un dique al que atar tu barca que ya no es tu barca, verás que todo se diluye en el confuso griterío, y que un delirio es la sublime razón del mundo y sus historias.

Y el último destello será sólo ternura por el niño que mira asustado desde cada rincón.

EL NOMBRE SECRETO

Enfrentado a un sueño tenaz sin despertar posible,
contemplador de millones de siglos de historia que es sólo
extenuación y vértigo,
entregado inerme a la confusa libertad de un instante,
te sentirás tentado a construir mil arrabales de amada identidad,
modelando una fábula de cuerpos y ciudades,
de cifras y ambiciones.
Pero antes de urdir ese desastre
es necesario que recuerdes
que el nombre secreto de este país es: “nada”,
que sus rituales más gloriosos son estiércol y noche,
que existe sólo la sombra de un corazón
buscando a su gemelo en el añil de una tarde siempre repetida.

CONCIENCIA

Cruel y voluble mar, cuánto te amo. Cada tarde asciendo al promontorio, y me enfrento a ti.

Murmuras a mis pies incansable.

Qué prodigio me habla a través de ti y me reanima. Los juegos de las olas en la arena, la alegría desafiante de la espuma...

Tal vez adivino algo humano en tu inmensidad. Acaso busco sin saberlo, intuyéndolo sólo, la resolución de un enigma.

Hay ondas menudas que rizan tu superficie. Dejo pasar las horas contemplándolas. Son pequeñas olas que se elevan menos de un segundo y vuelven a hundirse para que otra nueva surja. Vivaces y caprichosas, al atardecer me regalan destellos dorados.

¿Por qué olvido todo ante ellas? ¿Por qué endulzan mis horas y me reaniman como un bálsamo?

¿Es que dibujan un destino humano? Esas pequeñas olas son signos tra-

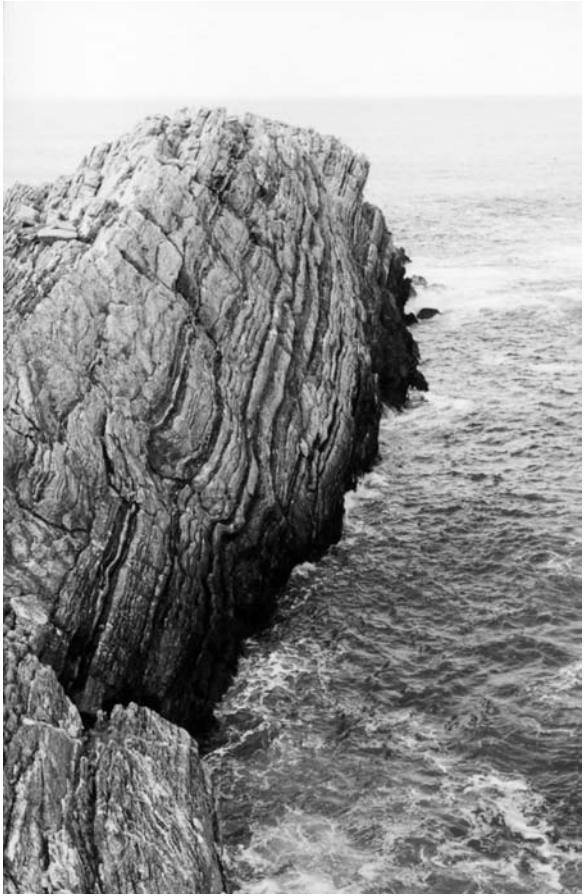
zados en el agua, constelaciones de átomos que se elevan un momento de la tensa superficie del mar.

¿Acaso son humanas? Presiento detrás de ellas el estigma de una decisión.

Y transcurrido un instante, la inexorable ley de la materia las desmorona.

Y un segundo después, los mismos átomos dibujan nuevas ondas idénticas al lado, eternamente inquietas, eternamente insolentes, eternamente dichosas.

Mar, he aprendido mirándote que tu superficie es también un juego de conciencias repetidas e incesantes, como la inmensidad de las tierras.



IDENTIDAD

Después de rubricar con tu nombre tantas veces el pie de documentos, de defender tus actos, de excusarlos con razón o sin ella, malicias asombrado un día que en realidad hay muchas personas conviviendo dentro de ti, una compacta muchedumbre cuyas voces poco a poco has aprendido a reconocer.

¿Quién eres tú en ese teatro de sombras? Habla uno, y después habla otro. Sucesivamente pretendes ser cada uno de ellos, el sabio y el imbécil, el santo y el canalla. Ellos se arrebatan la palabra, y tu libertad es sólo ese agitado argumentar unos contra otros. Eres todos, y eres con ello también en momentos distintos el mayor enemigo de cada uno.

Con razón alguien dijo: "un campo de batalla es el hombre".

JANO

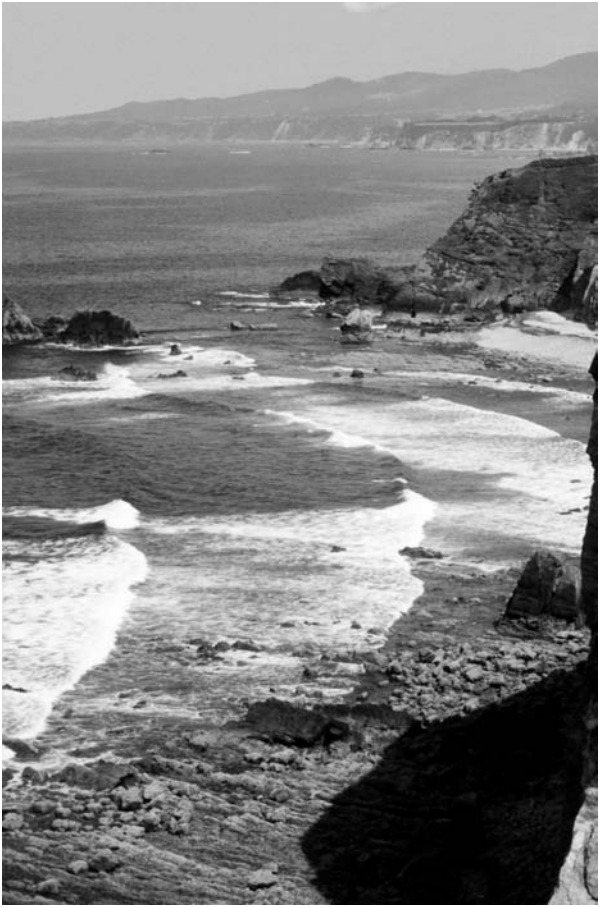
En esta ciudad desconocida, a más de mil kilómetros de casa, paseando de noche las calles silenciosas, entre los árboles del paseo y las tiendas cerradas, a la luz desvaída de los escaparates.

Tengo una extraña, irreal impresión de lejana proximidad a todo esto.

Yo no soy nadie aquí, y no tengo historia, y alguien en mí quisiera lanzarse solitario hacia el barrio más loco, donde amor y muerte rondan las esquinas.

Alguien en mí quisiera vagar desconocido en busca de unos ojos, en busca de una luz que deslumbre, en busca de otra vida.

Sin embargo, esta noche se oye más el silencio del que hilvana estas líneas.



EL SABIO

He aprendido a huir de esos hombres que pululan. Suya es mi esencia y les amo, pero ya sólo escucho una voz que surge de ellos y los descifra, ese aliento inmortal, la prodigiosa idea.

Por eso, en el gris amanecer son los libros mi única compañía y mi único afán. Busco en ellos la palabra que iluminará mi espíritu, la imagen feliz que descubre los resortes secretos. La naturaleza y la vida son libros también en los que trato de leer.

Podrías definir mi existencia como un desasosiego que pugna por convertirse en explicación, en armonía que llegue a todos vestida de letra impresa.

Sobre el estante, mis obras alineadas dibujan mi retrato, atesoran el fruto de esta lucha, de esta frágil pasión por alumbrar la escondida belleza del mundo.

CAMINO

Si la vida es un viaje, no lo dudes,
mejor cuanto más lejos.
Pero al final resulta lo más hondo
el latir de un recuerdo.
Cansados del camino, descubrimos
que todo ha sido un juego,
que tras el horizonte sólo hallamos
lo que llevamos dentro.
Si todo es un regreso,
¿por qué tenemos miedo?

HOMBRE

Agua en la mañana del mundo. Nubes deshilachadas sobre laderas verdes, perlas de rocío, el rumor de un arroyo. Agua viajera en el inquieto mar también, enfurecida asediando un peñasco.

Y es necesaria la sed para que sepas que es el agua quien te hace, que traes en ti el fragor de todas las tormentas, y la calma de ríos poderosos que atraviesan desiertos.

Y es necesaria el hambre que te dice que esos órganos tuyos son blanca sal también, y pulpa fresca de tomate, y dureza agria de manzana. Todo eso eres aquí en la dudosa fiesta de un destino humano.

Y es necesaria la inquietud de este instante, constelaciones pálidas de pequeñas decisiones, para que veas claro que el tiempo sabe tejer sus argumentos de herida soledad en cada esquina del mundo.

Y es necesario el miedo, ese miedo insidioso que atenaza tus costas y te hace buscarte distinto, para que sepas que al elegir tu identidad tal vez has dejado a un lado lo más importante.

EXTINCIÓN

Las palabras reflejan la envenenada simetría del mundo,
su dolorida intensidad.
Tus ojos se abren otra vez a la luz del ocaso,
escuchas el arrullo del mar,
contemplas su desolado esplendor,
eres feliz jugando con la dorada luz de las nubes lejanas,
con la brisa que llega a tu piel
desde el azul desierto indescifrable.
Pero un veneno ha hecho presa en tu corazón,
no dejas de pensar que nada de esto es tuyo en realidad,
que eres extranjero en un mundo
que ha desplegado este ritual millones de años sin ti,
y seguirá repitiéndolo inconmovible cuando tú ya no existas.
Nada eres entre estas montañas, viejos fondos marinos
endurecidos y elevados,

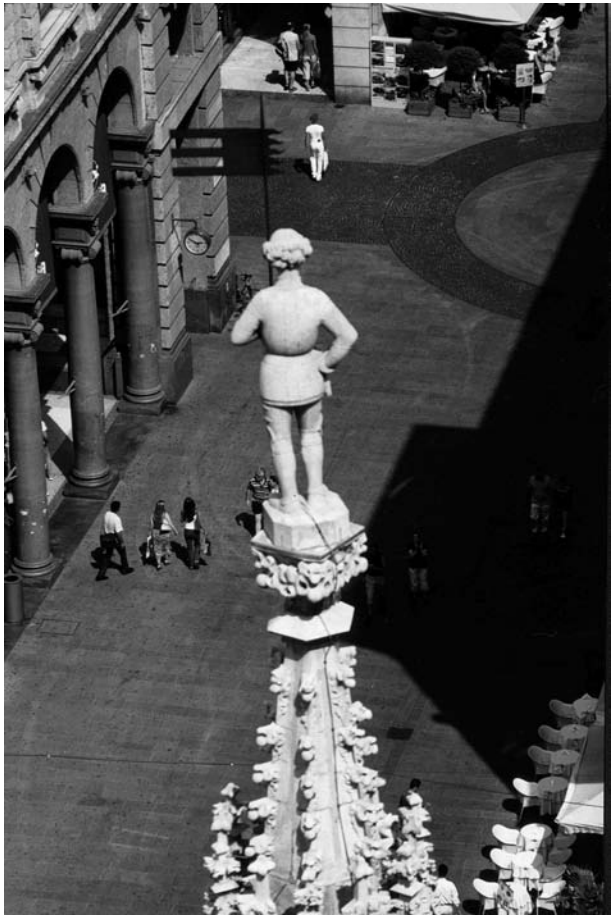
lentamente excavados
en un eterno ciclo que los lleva otra vez
al cristal bullicioso que rompe sin descanso
desde el remoto origen,
cuando nadie oía su canción.
¿Quién eres tú que traes a la fiesta de la roca y la espuma
un equipaje de inquietud?

Las palabras reflejan la envenenada simetría del mundo,
su dolorida intensidad.
Tierra, mar, aire y fuego
trenzan su baile de inescrutable búsqueda.
Contemplas el abismo
del que sólo percibes un ajetreo de líneas,
una salmodia inerme.
Y encuentras por fin una palabra que arranca la semilla
del dolor, un sonido poderoso que abre el laberinto.
Extinción.
Ajeno al fin,
miras inmune desde una identidad
diluida en el contorno de las cosas.

Ajeno a todo,
portador sólo de un arsenal de recuerdos
que a nadie pertenecen,
descubres un país más allá del temor,
un lugar luminoso donde nada se esconde,
donde todo regresa infinitamente, donde sólo existimos
como el vértice de una duda
marchita cada instante en el fragor de un sueño.

ESTRELLA

¿Hacia dónde se lleva
remolinos y espuma
este río implacable?
Mientras el sol aliente,
tejerá el verde manto,
impulsará la sangre
con un solo latido
de lujuria y de gozo.
Y habrá átomos díscolos
que pregunten por qué,
inventando fronteras.
¿Hacia dónde arrastra
remolinos y espuma
este río implacable?
Hacia su misma esencia
de silencio y de noche.



SER

I REALIDAD

Hay un decorado
de lirios y sombras
cubriendo las costas
brumosas del día.

Hay un vago anhelo
que tiende sus redes,
y una voz muy docta
que siempre replica.

Hay una inquietud
prendida en el tiempo,
de futuro incierto,
de dolor y ruina.

¿Por qué tantos ojos
sin tregua se acosan
con la misma voz,
con la misma vida?

¿Por qué tantos cráneos
inventan un centro,
y ordenan las cosas,
cerradas y frías?

Es un torpe engaño,
una farsa inicua;
un alucinado
grita en cada esquina.

Una paz muy vieja,
gozosa y sencilla
disuelve la nada
donde todo hervía.

II VACÍO

Todos los arabescos desde el origen mismo
adornan este instante en un pálido acorde.

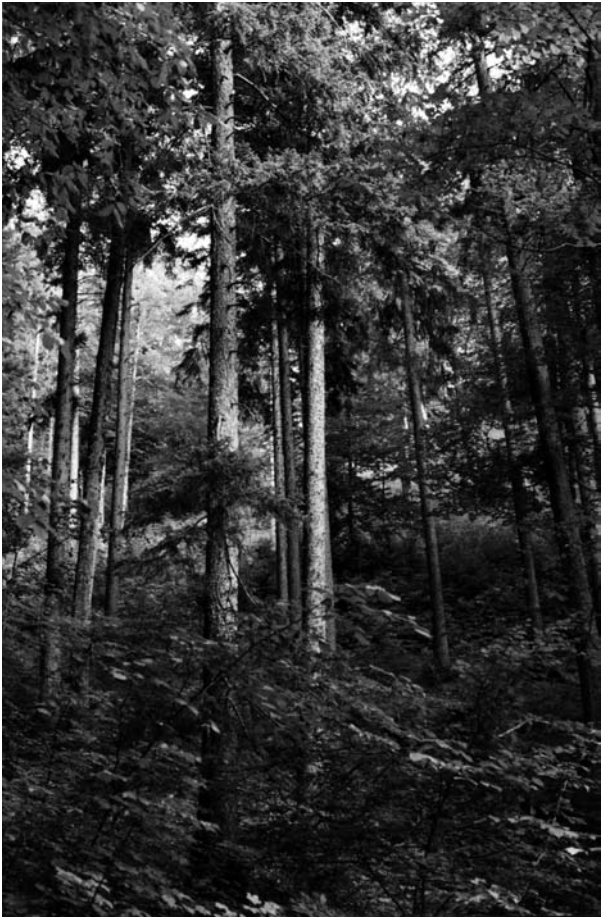
Todas las sensaciones de la muerte y la vida
regresan infinitas a una orilla sin nombre.

Suena en la noche oscura la eterna melodía,
envenenada y dulce, que a sí misma responde.

VIDAS EN UNA VIDA

En los primeros años, mi alegría
la custodiaban ellas por derecho divino.
La vida era sólo buscar los ojos magos
que harían que rodase idéntica y feliz
la máquina del orbe.
Fue un lento amanecer con cumbres incendiadas
y largas sombras frías.

Con el paso del tiempo se aflojaron las riendas
del dulce despotismo. Un alto sol franqueaba
los misterios protegidos por Venus.
El resplandor del día iluminaba el mundo
y conocí su rostro, el laberinto
de poder y locura que alimenta
el albañal sangriento de la Historia.



Supe entonces que somos tristes hijos
de mentira y dolor.
Lejanas voces que hablan todavía
en páginas radiantes y olvidadas
descifraban las claves del enredo:
el hombre ha de intentar
dejar de hacerse trampas a sí mismo
en la vieja partida que jugamos
granujienta y absurda.

Hoy día, resisto aquí como acre espectador
de todas las miserias, incluidas las muchas
que guardo todavía en el recinto ignoto
de mi cuerpo y mi alma. Y más que en otra cosa
los ocios se me van tratando de atrapar
y aprender a decir una emoción extraña,
una insólita mezcla de desprecio y amor
que me desnuda a veces todos los misterios.

MENTIRA

Ciudad sin alma, nos has robado todos los atardeceres, y nos has convertido en una muchedumbre gris, atrofiada, miedosa… Teníamos un corazón y tú lo has despedazado con ruido de tráfico y sirenas que transportan la muerte precintada de unos barrios a otros.

Todo es mentira bajo las luces de neón, en los trenes subterráneos, en las autopistas atascadas que se cruzan en puentes inverosímiles. Mentira los contratos, las promesas y los abrazos. Mentira el aire y la tierra, el agua y el pan. Mentira las verdades de los pensadores y los discursos de los políticos. Un océano de mentira nos envuelve.

Amanecemos entre sombras, viajamos entre sombras, vivimos entre sombras, y somos sólo sombras de seres que podrían amar y pensar si no fuera porque todo se ha vuelto demasiado confuso, y las palabras, disminuidas y cobardes, transmiten sólo enfermedades del alma.

Irguieron algunos un hilo de esperanza: "la humanidad tiene hoy los recursos para hacer desaparecer la pobreza y el hambre". Los argumentos

eran plausibles. Y la ciudad construyó entonces una cárcel de la que es imposible escapar: un escenario multicolor de vallas coloreadas con sucedáneos de felicidad.

El perímetro de la ciudad es una línea de destrucción y miseria. La codicia alimenta monstruos por todas partes, cada minuto inmola a decenas de niños. Pero no podemos culpar a los mercaderes, ellos son buenos chicos, miman a sus nietos. El mal no existe, ocurre sólo que el negocio es el negocio.

IMPERIO

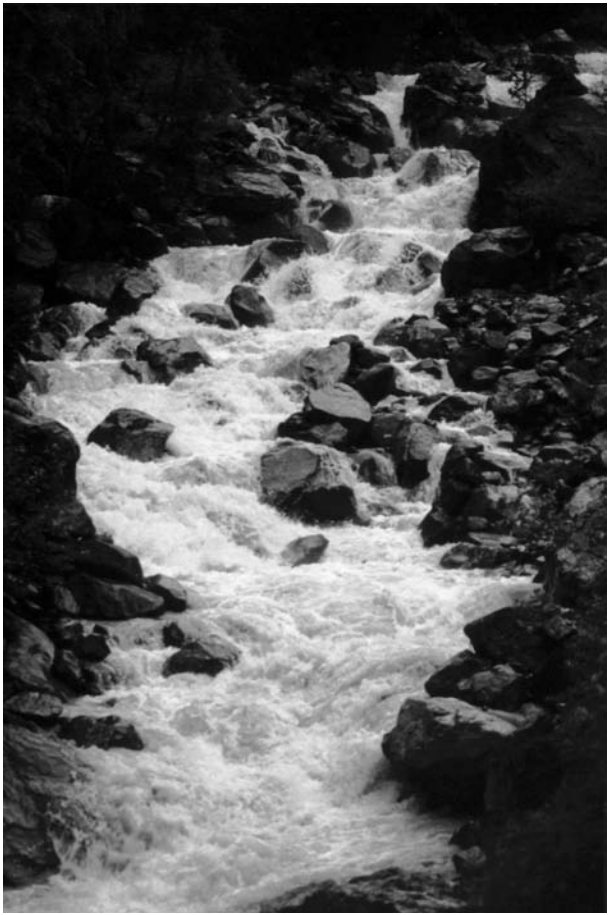
A veces imaginas un milagro, la mayor revolución de la faz de la Tierra; la información sobre derechos humanos y crimen internacional que trabajosamente puede rastrearse en archivos casi secretos llega a toda la gente.

Sueñas que alguno de los medios poderosos, transfigurado, decide informarnos de la situación real del mundo, y que quedan al descubierto las manos invisibles que mueven el guiñol.

Podríamos saber todos entonces cómo, dónde y por qué se cultiva la blanca o roja amapola que produce gran parte del dolor y la delincuencia, y uno de los mayores negocios del planeta. Sabríamos que ha habido otras guerras del opio y las han ganado, cómo se mueven los hilos desde arriba.

Y entenderíamos la importancia de los paraísos fiscales que vigilan Norteamérica, que salpican Europa, santuarios inviolables, el secreto alquímico de cómo se transforma allí toda la suciedad del mundo en lingotes dorados.

Veríamos cómo el coste de extracción de los diamantes se reduce notablemente a base de guerras tribales, esclavitud y genocidio; cómo las piedras más bellas llegan a los cuellos más seductores impregnadas de sangre y sufrimiento.



Y podríamos sentir toda la tragedia de esos niños soldados cuya vida es un extraño juego de matar y morir, y estaríamos cerca de los adultos extenuados que llevan a sus hijos en brazos. Veríamos todo el dolor y toda la muerte que existen sólo porque alguien gana dinero con ellos.

Veríamos mercancias. Veríamos gente. Y veríamos gente que son mercancias, engañados, arrastrados y aniquilados por los caminos del mundo.

Sabríamos que no existe ley porque a los que gobiernan no les interesa la ley, les interesa la ganancia. Sabríamos por qué no existe esperanza, por qué no existe ningún lugar donde esconderse.

Quedaría al descubierto la densa maraña de mentiras, los grandes nombres que sirven como cohartadas siniestras, la criminal codicia que atenaza al planeta, la dimensión y profundidad del océano de ignorancia y estupidez que nos envuelve.

Cómo el colapso del sistema educativo y la publicidad desactivan nuestro cerebro y lo convierten en rosada gelatina comestible.

Veríamos que no somos nosotros los que estamos aquí, que suplanta nuestra identidad una versátil colección de mascotas amaestradas cuya voz es una selección de baladas e himnos patrióticos

Veríamos que nuestros huesos y nuestras vísceras son ignorancia cobarde.

PAÍS DE SOMBRAS

Sin ninguna esperanza tras largos meses de noche amanece tímidamente en la tundra, estallan rosas en el alma del hielo, el musgo resucita.

Sin ninguna esperanza nuestros ojos recorren la desolada superficie del mundo, donde el hacha gobierna, donde criaturas de la noche siembran la angustia, donde la guerra y el crimen desgarran los cuerpos de niños indefensos.

Sin ninguna esperanza tengo que clamar que lo que veo me deja en un asqueado pavor, que todos somos culpables por no saber crear leyes, por no querer renunciar a nada, por asistir al holocausto aturdidos y escépticos.

Sin ninguna esperanza certifico que algunos acuden a la llamada y juntan sus manos, que en sus ojos está la ira de los justos, que me emociona trabajar y gritar junto a ellos.

Sin ninguna esperanza tras largos meses de noche amanece tímidamente en la tundra, estallan rosas en el alma del hielo, el musgo resucita.

INGENIERÍA SOCIAL

Recuerdo aquella época. Al principio no queríamos creerlo. Año tras año el nivel cultural de los alumnos que llegaban a la Universidad descendía hasta extremos inimaginables.

Muchos no sabían leer ni escribir dignamente. Flaqueaban en la aritmética y la geometría elementales... El cosmos prodigioso de nuestra civilización se había eclipsado para ellos.

Pero había algo más terrible. Habían sido educados en la más absoluta autocomplacencia. No sabían entender las críticas. La mayor parte parecían incapacitados para el desarrollo intelectual.

Fue una labor implacable de ingeniería social. En aquellos años asistimos asombrados e impotentes al desmantelamiento del sistema de educación pública en este país nuestro.

Después vinieron a por nosotros.

Las calificaciones eran cada vez peores y la docencia se valoraba con encuestas rellenas por los alumnos. Yo he visto a los mejores profesores de mi generación, los más brillantes, los más justos, dar aprobados masivos para ganar popularidad.

Todos fuimos bajando el nivel poco a poco, y adaptándonos a los nuevos tiempos.

Fue la época en que empezó la telebasura y las saturnales alcohólicas a las que se dio el nombre de "botellón". Formas variadas de esparcimiento para los lobotomizados por la nueva pedagogía.

Así ocurrieron los hechos. Entre las causas próximas parece haber una fatal combinación de estupidez y prepotencia, de postmodernidad y papanatismo.

Es muy difícil llegar a las causas últimas.

Tratar de imaginarlas, no tanto.

CONFESIÓN

Aquella chusma en las calles de París fue un desafío terrible. Nos costó mucha sangre. Afortunadamente, todo volvió a su cauce. Con algunas cesiones enojosas, eso sí. Hubo un papel, *Los derechos del hombre* lo llamaron, que era muy mal presagio. Beethoven puso música a aquellas esperanzas.

El siglo XIX fue muy satisfactorio. La industrialización aumentó las ganancias. Además, teníamos a Maistre y a Coleridge, y llevamos a Hegel a Berlín. Los artistas soñaban. ¡Qué bellamente lo hicieron! Con orgullo debo decir que a Chopin lo dimos a conocer en uno de mis salones. Era el Romanticismo. Los poetas sufrían por amadas lejanas y patrias inventadas, las muchedumbres morían en todo el mundo en nombre del progreso, y nosotros engordábamos.

Pero no es posible controlarlo todo. Algunos escritores dibujaban la triste realidad. Hubo revueltas, y mano dura con ellas. En el 48, en París, el ruido de los fusilamientos molestaba a los buenos burgueses y acabamos con los sediciosos a la bayoneta. Aquella sangre tiñó banderas que empezaron a

agitarse por todas partes. Tipos como Marx y Bakunin organizaban a las masas.

Comenzó el siglo XX con una escaramuza en nuestro bando. Los muertos los pusieron los de siempre. Alrededor de Verdún, los obuses removían tierra y restos humanos día y noche en una inmensa llanura calcinada. Para nosotros fue sólo una partida de ajedrez con una consecuencia funesta. A resultas de aquello, la chusma se apoderó de Rusia. Millones de hombres escaparon de la servidumbre y trataron de construir una sociedad sin amos.

Así nació un mundo bipolar. Los rusos y nosotros. Los rusos cometieron demasiados errores. Stalin fue el principal. En vez de crear al hombre nuevo que podía haber cambiado el mundo, crearon burocracia. Después, la burocracia se transformó en mafia, y los nietos de aquellos hombres volvieron a la servidumbre.

Nosotros fuimos más listos. Ganamos la batalla de la propaganda. Convencimos a casi todos de que su vasallaje y su impotencia tenían un hermoso nombre: "libertad". Un jefe soviético lo reconocía abrumado: "nosotros tenemos que arrancarles las uñas para que sean así de dóciles".

¿Cómo se consigue eso? No es demasiado difícil si uno tiene los medios, si estos rigurosamente dibujan nuestra imagen del mundo, ese lugar festivo donde se celebran olimpiadas y campeonatos de fútbol.

¿Y los intelectuales? No son peligrosos si puedes encumbrarlos a tu

gusto. Al final los mejores serán tipos condescendientes, gente de orden con la cabeza en su sitio, y que sabe que nos lo debe todo. Hasta podemos permitirnos algún discrepante (a ser posible algo corto de luces). Es tan hermosa la libertad.

Y así estamos hoy instalados en el pensamiento único, en la ausencia de pensamiento, con prestigiosa literatura aburrida que congrega a las masas alrededor de la caja loca, el redil electrónico para el control absoluto y universal de la conciencia. No te habías dado cuenta, pequeño idiota, tus sueños los decidimos nosotros.

Sin embargo, es cierto que a veces la tecnología nos juega malas pasadas. Internet significa comunicación libre, rápida y eficaz, una promiscuidad que estimula la selección natural de las ideas. Cualquier información puede alcanzar todo el planeta en un segundo. Nuestros filtros se quedan obsoletos; habrá que pensar algo.

PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL

Martin Seligman publicó en 1975 los resultados de un cruel experimento. Varios perros fueron enjaulados, y se les hacía sufrir descargas eléctricas que de ninguna manera podían controlar. Ellos ladraban enfurecidos y trataban de romper los barrotes.

Sin embargo, después de varios días en la misma situación, los animales dejaban de protestar, aceptaban resignados los ataques, y desarrollaban un estado de apatía y desmoralización muy parecido a lo que en los humanos solemos llamar depresión.

Esta canallada sirvió a Seligman para definir el denominado: "síndrome de indefensión aprendida", y recibir muchos honores académicos.

Había, de todas formas, algunos perros que no se comportaban como los

demás. Se mellaban los dientes hasta el último momento intentando salir de las jaulas, y aullaban incansables.

Estos perros inmunes al síndrome de indefensión aprendida no eran de ninguna raza, edad o sexo en especial, pero todos habían vivido un largo y costoso aprendizaje. Eran perros callejeros.

En este mundo de crimen y rapiña globalizados, en el que la esperanza se ha convertido en un lujo imposible, tal vez, junto a sesudos pensadores, haya que llamar como maestros también a aquellos perros callejeros que en la mayor adversidad se negaban a aceptar que su desgracia fuera inevitable.

EL GLACIAR HUMANO

Lo cuenta Varlam Shalámov en los *Relatos de Kolymá*. Gobernaba Stalin con mano férrea y eran muchos los condenados a trabajar en la mina de oro del extremo norte, entre los bosques de la taigá, donde las condiciones eran terribles y las muertes incontables.

Durante largo tiempo arrojaron los cadáveres a una fosa excavada cerca de la mina, en lo alto de una ladera. Los camiones subían con su carga macabra, y la dejaban allí sin muchas concesiones al sentimentalismo ni oficios mortuorios.

En la taigá el suelo está helado casi todo el año hasta varios metros de profundidad. Los cadáveres quedaban congelados.

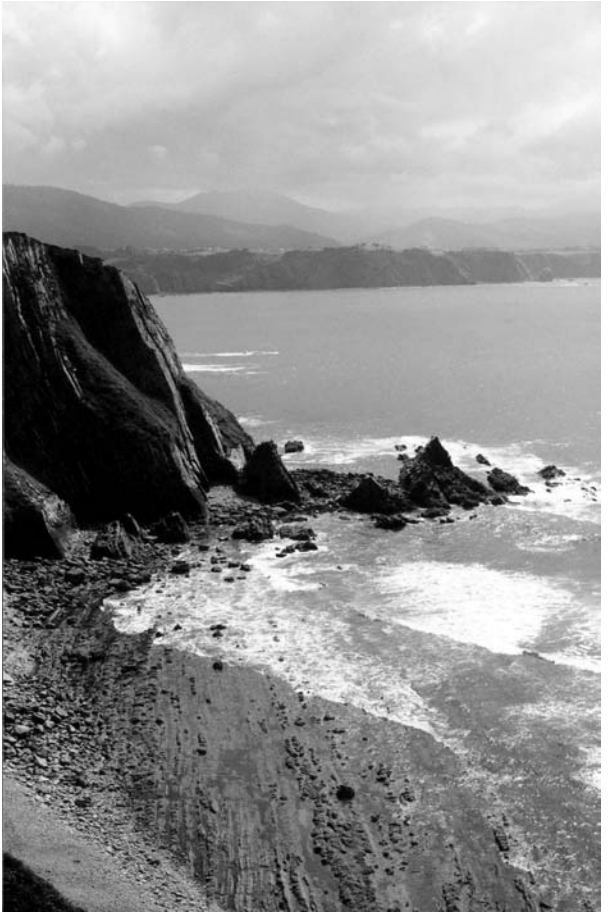
Así pasaron años.

Pero un verano ocurrió que la materia viscosa acumulada en el hoyo venció la resistencia que la sustentaba, y comenzó a deslizarse lentamente ladera abajo.

Encajada en los relieves vecinos, la masa que fluía era un glaciar de cuerpos, una roca de hielo humano que arrollaba todo a su paso.

La suave luz de la taigá dejaba ver en ella desgarrados y confusos todos los artificios del hombre: el ojo y la sangre, la víscera y la mano. Ahorrémonos detalles.

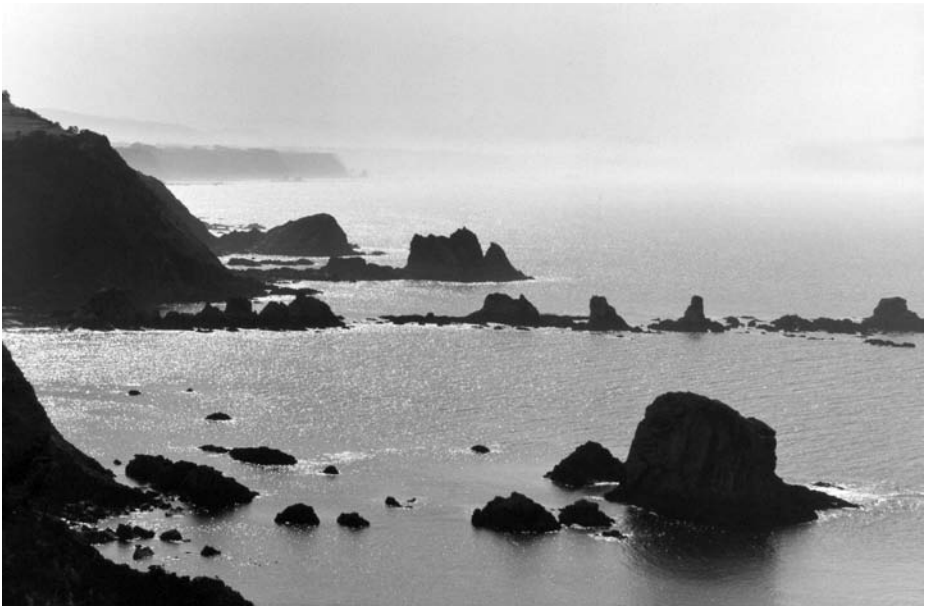
Mirando aquel río de muerte sólida, los presos sentían una angustia indefinible, pero barruntaban también la consumación de su dolor en un lento deslizarse a la sombra de los grandes alerces.



CEMENTERIO MUSULMÁN DE BARCIA

De aquella piel de toro ensangrentada,
hay un triste recuerdo en la llanura
que mira al mar en Barcia.
Son unas tapias blancas escondidas entre árboles,
un cementerio anónimo sin lápidas ni tumbas,
sin ninguna inscripción evocando el milagro
de un hombre que alentó sobre la tierra,
sólo una agreste selva; acacias y helechos
protegen lo que el tiempo dejó de muchos jóvenes,
indomables gacelas del monte tingitano.
Vinieron engañados, mataron y murieron,
salvaron con su lucha
los privilegios de los poderosos,
los latifundios de los duques, las mentiras de los obispos.

Descansen en paz en esta tierra que no era suya.
Que el Cantábrico bravo tenga para ellos un canto fúnebre,
y cuando el sol tiñe de rojo su yerma inmensidad,
que la brisa acaricie como una madre la humilde hierba que les cubre.



ÚLTIMAS PALABRAS

Morir escuchando
las lágrimas eternas de Franz Schubert.
Entre árboles y barrancos,
otra vez niño.
Todo perdido.
Un río que suena.
Terminar en la escalofriante belleza.
“Se pasa las horas con el cuaderno entre las manos”.
Ardiente melancolía.
Nada temible.

NOTA FINAL

Rastrear la historia de este libro nos lleva hasta una vieja inquietud que no había forma de dejar enterrada entre las preocupaciones de cada día. Todo alrededor planteaba preguntas, pero sobre ellas relucía una, ambiciosa e irrenunciable: ¿por qué?

Huyendo de los dogmas, en estos días tiende uno a refugiarse en la ciencia, pero al principio sentía que esta se negaba a llegar hasta el fondo. Como a tantos, me parecía que el riguroso razonar sólo servía para acabar quedando huérfano y asombrado a las puertas del misterio.

Fue entonces cuando descubrí el budismo, y me refiero con este nombre a la psicología radical y antimetafísica que fue explicada por el Buda. Su aportación al alivio de mis inquietudes fue esencialmente negativa. Quiero decir que más que añadir nuevas verdades, me ayudó a entender que muchas preguntas estaban mal planteadas. Había esquemas y conceptos que una lógica más profunda obligaba a revisar.

De la mano de lecturas y reflexiones sobre ciencia, historia y budismo, la

intuición se atrevió a erguir las alas, y surgieron los sucesivos fragmentos de este libro. El orden en que están dispuestos es sobre todo temporal, de lo cósmico a lo humano, y luego de lo genéricamente humano a la historia más reciente. Me pareció que no podía renunciar a pensar sobre elementos tan aparentemente dispares como pueden serlo el "big bang" y la guerra civil española. La mirada, y el afán de buscar un sentido más allá del dolor enquistado en todo lo real, son los mismos en cada caso.

Algunos de los primeros lectores se declararon sorprendidos por el giro ideológico que parece tomar el libro cuando afronta los tiempos más recientes. Lo primero que quiero decir a este respecto es que yo probablemente hubiera opinado lo mismo hace unos pocos años, cuando me faltaban algunos miles de páginas para empezar a atisbar el abismo que es la historia del mundo. El haber accedido a estas verdades tal vez demasiado tarde explica una sensibilidad a flor de piel que espero que el lector entenderá.

Quiero recordar también aquí que como ya mostró magistralmente Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente*, budismo y socialismo son doctrinas extraordinariamente afines que surgen en sociedades que atravesaban el mismo estadio evolutivo y como reflejo de inquietudes muy similares. Según esto, que una mirada *budista* manifieste rasgos *socialistas* al enjuiciar la historia, resulta bastante comprensible. Sinceramente creo que hay un enorme campo por hacer en la comparación de los fundamentos y desarrollo

de budismo y socialismo. La colaboración entre dos corrientes de pensamiento que nacen de una honda preocupación por el sufrimiento humano sería sin duda enormemente provechosa para todos.

AGRADECIMIENTOS

Conciencia y su tensión nietzscheana nacieron de una conversación con Mario Colunga y Concha Crespo a la orilla del lago de Sils.

Javier Almuzara escogió *Camino* y *Cementerio musulmán de Barcia* para *Reloj de Arena*. El primero de estos poemas es casi suyo.

Enrique Falcón y José Luis García Martín coincidieron en criticar el final que había dado a *Confesión*. Creo que llevaban razón. Enrique tuvo además la amabilidad de seleccionar este fragmento para la revista de Literatura en Internet *Lunas Rojas*.

Jano tiene una deuda con Martín López Vega, cuya poesía nos hace soñar con ciudades hermosas y lejanas.

Psicología experimental se lo debo a Eduardo García Fernández, que me encaminó hacia los trabajos de Seligman.

También me ayudaron con el libro Xuan Bello, Pedro Farias, Fruela Fernández, Pelayo Fueyo y Marcos Tramón. Gracias a todos desde aquí.

Un capítulo especial de agradecimiento merecen Carlos González Espina y Marina Lobo. Abuso de su café y su amistad, y solo puedo decir que en este inclemente piélago de la literatura son siempre un puerto accesible y generoso.

FOTOGRAFÍAS

Los picos y glaciares son todos de Alta Engadina (Suiza). Los paisajes urbanos corresponden a la Ciudad de México y a Milán. La mayor parte de las fotos restantes muestran juegos de la tierra y el agua en el litoral cantábrico.

Pág. 8: Cabu Peñes.
Pág. 12: La rasa de Barcia desde Cabu Bustu.
Pág. 18: Faro de Candás.
Pág. 22: Playa del Silencio.
Págs. 24 y 26: Desde Cabu Peñes.
Pág. 28: Punta l'Aguión (Moniello).
Pág. 30: Piz Roseg.
Pág. 32: Sobre la cubierta del Duomo.
Pág. 34: Desde Cabu Bustu.
Pág. 36: Punta'l Castru.
Pág. 38: Desde Cabu Peñes.
Pág. 40: Punta Llamperu.
Pág. 44: Cabu Peñes.
Pág. 46: Duomo.
Pág. 50: Piz Cambrena.
Pág. 52: Bosque en Neuschwanstein (Baviera).
Pág. 54: Avenida Lázaro Cárdenas desde la torre Latinoamericana.
Pág. 56: Desde la torre Latinoamericana.
Pág. 58: Castillo de los Sforza.
Pág. 60: Arroyo en el valle del Inn (Suiza).
Pág. 64: Playa de Viodo.
Pág. 68: Desde el Duomo.
Pág. 72: Glaciar en el Piz Morteratsch.
Pág. 75: Playa del Silencio.
Pág. 76: La rasa de Barcia desde Cabu Bustu.
Pág. 79: Playa del Silencio.
Pág. 80: Punta Herbosa, O Barqueiro.
Pág. 82: Piz Bernina.
Pág. 86: Playa de Viodo.
Pág. 88: Glaciar en el Piz Sella.

ÍNDICE

Origen 9
Recuerda 13
El ciclo de los océanos 17
Tú dices 21
El nombre secreto 25
Conciencia 27
Identidad 31
Jano 33
El sabio 35
Camino 37
Hombre 39
Extinción 41
Estrella 45
Ser 47
Vidas en una vida 51
Mentira 55

Imperio 59
País de sombras 62
Ingeniería social 63
Confesión 66
Psicología experimental 70
El glaciar humano 73
Cementerio musulmán de Barcia 77
Últimas palabras 81
Nota final 83
Agradecimientos 87
Fotografías 89

Se terminó

de imprimir este libro

en el mes de mayo

de 2004